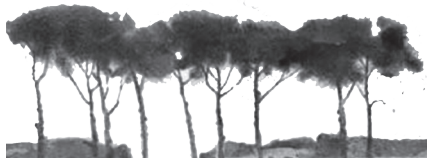


**Antonio ROJO**

# **UN ROCÍO SANGRIENTO**



**Libros Canto y Cuento ♦ Jerez de la Frontera ♦ 2021**

## LA BIBLIOTECA

**L** *A chimenea encendida daba calor al aposento. Sus paredes estaban arropadas por enormes estanterías repletas de libros. En la del fondo colgaba una colosal reproducción del Rapto de las Hijas de Leucipo. Una sola lámpara central daba a la habitación un aire cálido y acogedor. Las cinco personas que allí se reunían estaban sentadas repartidas entre el gran sofá, justo debajo de la obra de Rubens, y los dos cómodos butacones que estaban situados a ambos lados. Con una copa de brandy en la mano, uno de ellos hablaba.*

*-Si estáis seguros de querer llevar a cabo ese plan, sabéis que podéis contar conmigo. Habrá que afrontar situaciones difíciles. Pero acepto vuestra petición de ayuda y colaboraré en lo que me necesitéis. Acepto estar con vosotros porque comprendo y comparto vuestros argumentos. Lo único que no entiendo muy bien es que me pidáis alcanzar la gloria sin hacer daño. ¿A qué vienen esos ingenuos escrúpulos? No existe el bien supremo sin el mal. El uno no tendría razón de ser sin el otro. Si el hecho de la salvación de un solo marinero en alta mar los cristianos lo atribuyen a la ayuda divina, las miles y miles de personas muertas ahogadas en las mismas condiciones ¿a quién se lo imputamos? Si es verdad que existe un Dios justo y misericordioso que es todo bondad, también debe existir lo injusto, lo inhumano, la maldad, y no necesariamente enfrentadas.*

*Otro de los integrantes del grupo se levantó, había oído aquello y parecía incómodo con ese razonamiento. Antes de hablar dio un trago a la copa que llevaba en la mano.*

*-Insisto en no hacer daño a nadie. Tenemos que estar de acuerdo en eso. Estoy dispuesto a seguiros en vuestros deseos, yo también tengo mis razones*

*para ello. Pero bajo ningún concepto utilizaremos la violencia, simplemente nos quitaría la razón. Por mucho que intentes justificarlo no somos una banda de asesinos. Pensé que eso estaba claro y era un asunto cerrado.*

*Ambos intervinientes se acercaron. Se miraban directamente a los ojos. Cuando llegaron a estar uno frente al otro, el que había hablado en primer lugar volvió a decir:*

*-Nunca cambiarás. Sigues siendo el mismo niño pequeño abandonado y aterrorizado. Pero prometo intentar que exista gloria sin fracaso y vida sin muerte, aunque eso está en manos de los dioses y no en las de un pobre humano como yo.*

*-Deja a los dioses en paz -replicó el segundo-. Probablemente no quieran saber nada de nosotros. O al menos eso nos han demostrado siempre. No somos más que un grupo unido por la desgracia y la soledad. No estoy dispuesto a que nos convirtamos en unos meros asesinos poseídos por el ansia de venganza. Parece mentira que seas tú precisamente quien intente que aceptemos esas ideas violentas, no hagas que nos arrepintamos de incluirte en esto. Estamos hablando de un acto que por sí mismo ya nos llevará a ser odiados y condenados por la inmensa mayoría de los que hoy se tienen por amigos nuestros. No sé vosotros dos -su mirada se dirigió hacia las otras dos personas presentes en aquel lugar, parecía buscar su aprobación-, pero yo lo tengo claro, al menor contratiempo surgido de la violencia personal y caprichosa de alguno de los aquí presentes, me marchó -hizo un breve silencio y se reafirmó alzando la voz-. ¿Me oís? No contéis conmigo.*

*Los demás asintieron a esta última afirmación y parecían estar de acuerdo con lo expuesto.*

*-Pues entonces manos a la obra, no tenemos tiempo que perder.*

*-Sea pues.*

*Alzaron sus copas y brindaron.*

# CAPÍTULO 1

*Martes, 23 de mayo 2023*

## I

SANTI despertó, intentar abrir los ojos le produjo una punzada terrible en la cabeza. La noche había sido intensa. Recordó un último café junto a Sofía sobre las siete de la mañana. Al amargo despertar se le unía un profundo ardor de estómago. El intenso y cada vez más presente dolor de cabeza le empujaba a salir de la cama, necesitaba urgentemente entrar en el baño. Intentó poner su mente en orden. Las imágenes se acumulaban. Un bucle del que necesitaba salir. Una idea comenzaba a tomar cuerpo sobre todas las demás, primero el baño. Al abrir definitivamente los ojos, la oscuridad en la que hasta ese momento había estado, chocó dolorosamente con la claridad que daba a su dormitorio aquella persiana eternamente levantada. En cuanto tuviese tiempo la repararía. Solía despertarse estando aún el sol por salir, regresaba cuando ya se había hecho de noche. Un solo turno de guardia al mes era la causa de no recordar esa horrible sensación de claridad cegadora en sus ojos. Extendió su brazo izquierdo e intentó atrapar el despertador de la mesilla de noche. Las once y cuarenta y siete minutos. Apenas llevaba un par de horas de sueño. Podía seguir descansando. Lo necesitaba. Pero el malestar, los dolores y su vejiga opinaban lo contrario. A pesar de ello volvió a cerrar los ojos. Intentó pensar en algún momento agradable que le acunara en una segunda etapa de descanso. Intentó oler el otro lado de la cama por si

quedaba alguna reminiscencia de ella. Quizás fuese el momento de aceptar que Isa entrara completamente en su vida. Intentaba fijar esa estampa de los dos viviendo juntos. Imposible, su cuerpo insistía en una ducha como mejor remedio a todos sus males. No sin esfuerzo, logró inclinarse sobre su hombro izquierdo. Tomó fuerzas y consiguió sentarse en la cama. Al mirar sus pies que descansaban sobre la alfombra, las punzadas en la cabeza crecieron de forma inhumana. Creía estar oyendo zumbidos. Miró y comprobó la pantalla encendida de su móvil. Desde esa misma posición podía leer en la pantalla “Eduardo”. Era su jefe. Debía llegar al baño antes de contestar. De cualquier forma no eran horas para molestarlo, su turno había acabado a las ocho de la mañana y aún no habían dado las doce del mediodía. Cuando por fin el último café y todas las demás bebidas de una noche horrible lograron salir de su cuerpo, comprobó que Eduardo había dejado de insistir. Ahora necesitaba un enorme paracetamol efervescente, una buena ducha y un gran desayuno. La agradable sensación del agua caliente golpeando su cuello parecía provocar que poco a poco la vida volviese a tener sentido. El zumbido de su móvil se hizo de nuevo presente. Al dejarlo sobre la repisa del cuarto de baño el sonido aumentado de aquella vibración ganaba a la ducha. Tampoco era el momento. El jefe debería esperar. Al terminar la ducha se sintió reconfortado, comenzó a vestirse dispuesto a enfrentar una nueva jornada. Siguiendo el paso, bajar al bar, a su segunda casa, a ese universo en el que lo recibían a diario como un boxeador noqueado y lo devolvían a la vida con todas las heridas curadas, repuesto y preparado para una nueva jornada. Bajó por el ascensor, salió a la calle y olió la primavera que se colaba por todos sus sentidos. Al entrar en el bar cruzó su mirada con Kiko que, detrás de la barra, estaba sirviendo un café y recogiendo un bocadillo que salía de la cocina:

-¡Señores! Que ha llegado el marqués. Oído...

Todo aquel ruido de platos y tazas entrechocando, de leche

calentándose, de parroquianos hablando por encima de ese nivel, no le molestaba. Era la prueba de que muchos otros como él volvían a la vida. Martes, en pleno centro de Jerez. A aquellas horas de la mañana todas las oficinas de Banca y de pequeños negocios estaban abiertos y en plena jornada. La Plaza de Abastos quedaba muy cercana, se podía ver a fruteros, pescaderos, carniceros, que intentaban hacer un pequeño descanso y reponer fuerzas para el resto de la faena diaria. Siempre le habían llamado la atención aquellos personajes que, en algunos casos, con botas altas de agua y mandiles, tomaban café y bocadillos de todo tipo. A pesar del ruido del ambiente notó que su bolsillo interior volvía a vibrar. Pepa, una de las camareras de ese segundo hogar llegó hasta la mesa y en su bandeja traía un café doble y un mollete tostado por fuera y humeante que solo necesita bañarlo en aceite de oliva virgen. Decidió que tampoco era el momento de descolgar el teléfono. Eduardo sabría disculparlo. Estaba en sus horas de descanso. Pepa le dio los buenos días y dijo:

-¡Vaya!, ¡mala noche...! espero que no haya sido por trabajo y el resto de los ciudadanos podamos sentirnos seguros...

-Gracias, Pepa. ¿Me traes el aceite, por favor?

-Ahora mismo, ¿No lo acompañas hoy con jamón o con un trozo de tortilla? Mira que la tenemos recién hecha. Que tengo que cuidarte, no vaya a ser que por mi culpa ganen los malos.

-No, gracias. Hoy me conformo solo con el aceitito.

Mientras desayunaba le echó un vistazo a las noticias locales en el manoseado periódico que Pepa le había traído. Nada fuera de lo normal, políticos que se acusaban unos a otros del calamitoso estado en que estaba la ciudad y poco más. Cuando terminó, su cuerpo había reaccionado positivamente a todos los estímulos. Había quedado en paz con su vejiga y sus ansias de reventar. La ducha y el paracetamol cumplían su misión de devolverlo a la vida. Este primer café y el mollete que lo acompañaba, hicieron el resto. Pronto comprobó cómo el único que no quería colaborar

en esta apreciable mejora de su estado físico era don Eduardo Gutiérrez, comisario jefe de Jerez que volvía a insistir en sus llamadas. Esta vez decidió descolgar. Intentó ganar la puerta de la cafetería para salir al exterior y hablar con más tranquilidad, sin aquel ruido de fondo. Se despidió con un gesto y contestó:

-Sí, dime, Eduardo. Acabo de ver que tengo varias llamadas tuyas perdidas...

-Vamos a ver, Santi, ni perdidas ni cojones, no has querido contestar y se acabó. Oye, ¿Dónde andas? ¿Estás en Jerez? ¿Podrías pasarte por aquí?

No era la primera, ni la segunda vez que le chafaban el descanso. Y casi siempre por tonterías que podían esperar al día siguiente. Esta vez no estaba dispuesto, sobre todo después de lo nochedita toledana que habían tenido.

-No.

-¿No qué? ¿No estás en Jerez o no puedes venir?

-Eduardo...

-¡Ni Eduardo ni San Eduardo ni San Cucufato de los cojones! Que sé que estás por aquí. Tú no tienes vida. O estás aquí dando por culo o estás pensando cómo vas a dar por culo cuando vuelvas.

Pensándolo bien no tenía otros planes para su día libre. Solo tenía pensado comer con Isa, así que mejor acercarse y perder unos minutos en comisaría que no estar todo el tiempo contestando al maldito teléfono.

-Está bien. En media hora estoy allí. ¿Puedes adelantarme algo?

-No. Es un tema espinoso. Mejor hablarlo en persona. ¿Para qué crees que te llamo? Que sean quince minutos, el día viene cargadito.

Y colgó.

Santi pensó que, para ser un martes 23 de mayo, hacía una mañana algo fresquita, pero luminosa. Recobró aquel olor a primavera que comenzaba a campar a sus anchas por toda la

ciudad. Mientras caminaba, se preguntó cómo podía convivir esta realidad diurna, primaveral, cotidiana, alegre, con la otra realidad que había dejado encerrada en su mesa, en comisaría, hacía apenas cinco horas. Jerez no es que fuese una ciudad especialmente conflictiva, pero asuntos como el trapicheo de drogas, los maltratos, las continuas peleas entre familias rivales y algún que otro robo, hacían que algunas guardias se hicieran interminables.

## II

-Inspector Álvarez, buenos días. ¿No le he visto salir esta mañana cuando yo entraba de turno...? -le saludó Javier, un agente de los de la nueva hornada. Un verdadero armario de dos puertas, que no debía tener las neuronas muy ajustadas. Estaba en su turno de guardia de puerta y, por su gesto, parecía bastante aburrido. Viendo la sonrisa sarcástica con la que le hablaba, Santi enseguida intuyó que la llamada del comisario se había hecho viral. Por si no estaba claro aún, continuó:

-Claro que yo lo entiendo ¿en? A mí también se me caería la casa encima si viviera solo y abandonado. Y con las edades que ya vamos cumpliendo. Porque ¿usted los cincuenta no los cumple más, verdad?

-Pregúntale a tu hermana, Javier. A ver qué te cuenta de mi edad y de mi forma física.

Santi siguió su camino sin hacer caso a la contestación. Sin embargo algo quiso oír de boca del agente de la puerta sobre el poco aguante que tenían algunos después de una guardia y de lo mal que llevaban el paso del tiempo. Santi era consciente de que hacía un año había cumplido sus bodas de plata con el cuerpo.



Era más el respeto que se le guardaba por los años de servicio que por cualquier otra cosa. Su intervención en algún que otro caso renombrado, su ascenso a inspector y su reiterado rechazo a cubrir plaza de comisario en destinos poco atractivos para él, le habían dado una fama de poli acabado. La verdad es que era consciente de todo eso. Más de una vez había pensado ya en ir abandonando la calle y solicitar un trabajo burocrático. Pero se resistía a ello.

Cuando llegó hasta el despacho del comisario se encontró la puerta cerrada. No era lo habitual. El comisario Eduardo Gutiérrez era una persona de carácter bastante especial. Era un sevillano de nacimiento y amante en todos los sentidos de la capital hispalense. Más que flaco, escuchimizado. Cuando en ciertas ocasiones vestía el uniforme parecía sobrarle tela de todos lados. Su mujer, Adela, siempre decía que su marido era muy tacaño y que ese uniforme lo había heredado. Comentario que siempre acababa con “al difunto le quedaba mejor que a ti”.

Santi llamó a la puerta, sin esperar respuesta, abrió.

-Eduardo. Con tu permiso...

Se lo encontró hablando por teléfono. Con gestos de su mano libre, Eduardo le indicó que pasara y que se sentara. Santi solo alcanzó a oír:

-A la orden.....no podría ser de otra forma...así es....no se preocupe, así se hará.

Al momento, colgó, dejó el móvil encima de la mesa. Se llevó los dedos índice y pulgar de su mano derecha al hueco de su entrecejo, masajeó sus ojos cerrados. Los abrió, miró a Santi. Parecía estar meditando como plantear el asunto.

-Necesito hacerte un par de preguntas -se inclinó en la silla, tomó lápiz y papel-. Es imprescindible que me digas que coño pasó esta madrugada en La Plaza Aladros. Por lo visto Sofía y tú tuvisteis que intervenir.

Todo en el ambiente de aquel despacho le hacía ver a Santi

que efectivamente el asunto era serio. El rostro del comisario acusaba las horas de teléfono y de preocupación.

-Plaza Aladros...-Santi intentaba poner sus imágenes en orden-, pues una llamada anónima que nos ponía en aviso de lo que parecía una pelea callejera. Lo típico alboroto, gritos. Serían las tres de la mañana cuando la patrulla que acudió nos pedía nuestra presencia. Al parecer uno de los individuos que participaba en la refriega, había caído al suelo y había entrado en convulsiones, parecía serio, se solicitó ambulancia para asistencia urgente.

-He leído vuestro informe, bueno, mejor dicho, he leído el informe de Sofía...que a ver cuando aprendes a encender tu puñetero ordenador, cojones. Todo lo que ahí se relata me parece de lo más normal. Si te llamo es para que me cuentes si observaste algo extraño. Si te pareció que aquello era una mera riña de barrio o te llevaste otra impresión...cuéntame, Santi, coño. Que tengo las tripas revueltas y todo esto me huele mal.

El comisario parecía estar cada vez más alterado. Se intentó calmar reclinándose en la silla y expirando de forma sonora. Santi no salía de su asombro. ¿Qué coño se suponía que tenía que haber observado? Cuatro niños pijos de Jerez que se liaron a hostias. Después de haber estado tomando copas hasta las tres de la mañana. Y a uno de ellos le da un ataque de epilepsia o de a saber qué, y acaba en el suelo en malas condiciones. Al llegar ellos se procedió a identificar a todos los que habían participado en el altercado. Los servicios médicos trasladaron al chaval al hospital y el resto traídos a comisaría. Declaraciones de “este me dijo...” “este me tocó los cojones...” “El chulo de mierda...”. Ninguno dice conocer ni haber tocado al herido. Y al no haber denuncias por ninguna de las partes, cada cual a su casa y aquí paz y luego gloria. Santi seguía sin entender.

-Nada que observar aparte de una pelea en pleno centro a las tres de la mañana. No tenemos el diagnóstico del hospital. Todos identificados. No hay denuncia. ¿Me quieres decir qué es lo que

quieres que te cuente?

El comisario, sin dejar de mirarlo a los ojos, se puso en pie. Se volvió a masajear el entrecejo. Se desplazó muy lentamente hacia donde estaba sentado Santi y, dejándose caer por detrás de la silla, puso su boca a la altura del oído del inspector y muy lentamente le dijo:

-Entonces ¿por qué llevo desde las ocho y media de la mañana colgado al teléfono del Delegado Provincial de Interior? ¿Por qué me aseguran que toda esa movida está relacionada con el Obispado de Jerez Asidonia? ¿Por qué el señor Obispo en persona se ha interesado por el asunto llamando al Delegado Provincial?

El comisario Eduardo Gutiérrez hizo un alto. Cerró los ojos intentando calmarse, respiró profundamente y continuó:

-Yo se lo voy a decir señor inspector. Resulta que ese “pijo”, como usted lo ha llamado, ese joven que cayó al suelo, que perdió el conocimiento y que fue trasladado al Hospital de Jerez, se llamaba Luis Saborido -por un momento quedó en silencio y, tomando unos papeles de encima de su mesa, continuó-. El tal Luis Saborido Menta, de 22 años, nacido en Sanlúcar de Barrameda, era seminarista, qué coño seminarista, era el Messi del Seminario Diocesano de Jerez. Y, como habrás podido oír, he dicho era, ya que ha fallecido esta mañana a las ocho y treinta minutos. Y para colmo de males y buscando claramente que a mí me de un infarto cerebral, le van a realizar autopsia ya que no están claras las causas.

El comisario quedó en silencio clavando su mirada en Santi. Parecía no querer decir nada más, pero la intensidad de su mirada y la película acuosa que cubría sus ojos enrojecidos, decían todo lo contrario. Santi parecía estar repasando todo lo acontecido en la madrugada. Volvió la mirada hacia el comisario y entreabriendo los labios intentó decir algo. Pero el comisario se lo impidió.

-Claro está que si usted o su estimada subinspectora y

compañera Sofía Goñi se hubiesen detenido un momento a comprobar los datos del pobre seminarista ya sabrían todo lo que les digo. Con que hubiesen preguntado a los otros tres “pijos” ya se hubiesen enterado que este señor pasaba por allí, quiso intervenir poniendo paz en todo aquel asunto y no tenía absolutamente nada que ver con ellos.

Hizo un silencio tenso, dejó los papeles encima de la mesa y, sin dar opciones al inspector, continuó.

-Ahora, si tiene usted todo el derecho a explicarse señor inspector Santiago Álvarez, de los Álvarez de toda la vida de Jerez De La Frontera...

Santi no sabía qué decir. La verdad es que tanto él como Sofía habían dado por hecho que ese cuarto joven acompañaba al resto. En sus declaraciones todos decían que había caído al suelo sin recibir ningún golpe por parte de ellos. Que eso hizo que detuvieran sus disputas. Que inmediatamente se dieron cuenta de la gravedad del asunto y habían solicitado ayuda. Su mente volvió al despacho, levantó la mirada...

-Tiene razón, jefe. No he estado muy afortunado. Dime, ¿qué sospechan los doctores? Y ¿ese interés del mismísimo Delegado del Gobierno? ¿No es un poco pronto para tales preocupaciones? Aún no sabemos nada, podía padecer alguna patología previa, que había tomado, de dónde venía o qué lugar se dirigía...por lo visto no llegó a recuperar la consciencia. Es normal que los doctores que lo han atendido pidan su autopsia, necesitan esclarecer las causas de su muerte, pero nosotros por ahora no podemos hacer nada. Solo podemos esperar a lo que nos digan desde el anatómico.

-De acuerdo, pero dadas las preocupaciones y de donde vienen, mejor que nos pongamos las pilas. No perdemos nada por aclarar qué hacía allí a aquellas horas, tan solo llevaba encima su documentación personal, nada de móviles, nada de llaves, no es normal. Por otro lado, el Señor Obispo me dice que tampoco

ve lógico su presencia de madrugada en pleno centro de Jerez. Por lo pronto, ve aclarando todas esas cosas, Santi, tienes el resto del día. Llama a Sofía, la quiero ver aquí ya. Quiero saber toda la vida de “Messi”. Lo lógico sería empezar haciendo una visita al Obispado, el señor obispo no va a estar en todo el día por allí, pero me ha dado un nombre, debéis preguntar por el reverendo Carlos Duque. Es el ecónomo de Palacio, él os atenderá. Estarán patas arriba, mañana miércoles es día de salida y embarque de la Hermandad del Rocío; acuérdate de que, por si faltaba algo, estamos en pleno Plan Romero 2023. Y sobre todo Santi, ten mucho cuidado con lo que preguntas, que te conozco. Que con la Iglesia hemos dado, querido Sancho.

-No te preocupes...

-Sí me preocupo, coño -bajando el tono de voz volvió a repetir-, sí me preocupo. Y por cierto, hemos conseguido que agilicen la autopsia. Nos mandarán el informe. Si necesitas segunda opinión, ya sabes que puedes hablar con tu amigo Tito.

-Me pongo a ello Eduardo. Y repito, lo siento.

-Venga...venga. Tampoco es para tanto. Dispón de lo que necesites. No levantes mucho polvo a tu paso, por ahora nadie ha hablado de homicidio ni mucho menos. Pero acabemos con esto.

Santi se levantó. Sonrió al comisario y se dio media vuelta. Cuando llegó a la puerta del despacho se dispuso a abrirla, pero antes se volvió y sin dejar de sonreír le dijo:

-¿Sabe ya Adela que está casada con Voldemort?

Sin levantar la mirada de la mesa, el comisario contestó:

-Hasta luego, Colombo de los cojones.

Santi se dirigió hacia su mesa. Encendió el ordenador y, mientras accedía a su página, sacó el móvil y llamó a Sofía. El sol estaba ya en todo lo alto y la temperatura allí dentro comenzaba a ser importante. Sofía no contestaba. Lo intentaría un poco más tarde. Después de meter su clave y acceder, introdujo en

la búsqueda un nombre “Luis Saborido Menta”. No albergaba ninguna esperanza de encontrar algo. Probablemente un seminarista como él no tendría antecedentes ningunos. Pero por algún lado había que comenzar. Mientras acababa la búsqueda, volvió a llamar a Sofía. Seguro que había dilatado la mañana y aún dormía. La pantalla del ordenador emitió un extraño pitido. Inmediatamente colgó el móvil y se centró en la información que aparecía ante sus ojos.

“Luis Saborido Menta, nacido el 10 de febrero de 2001 en Sanlúcar de Barrameda”. Había sido detenido en dos ocasiones.”En abril de 2014” -13 añitos, pensó- “hurto con violencia en la Playa de Bajo de Guía. Se presentó denuncia, pero fue retirada más tarde”.”En diciembre de 2016. Alteración del orden público con el resultado de un herido por arma blanca”- pues vaya con el santurrón de los cojones- “Fue expulsado del colegio público donde estaba hasta entonces y sus padres lo matricularon interno en un colegio religioso de Sevilla”. Desde entonces nada de nada, ni una reseña más.

-Parece ser que los padres jesuitas hicieron bien su trabajo -pensó Santi.

El conocía aquel colegio, algunos amigos suyos estudiaron allí. Era un centro afamado para jóvenes de la alta sociedad sevillana. Continuó intentando obtener más información, pero nada, no aparecían más datos relacionados con aquel nombre. Decidió que el segundo paso era hacer una visita al Obispado. Necesitaba hablar con ese sacerdote que le había dicho el comisario. Miró su reloj. El estómago le estaba dando su primer aviso. Las 14,30h. Seguía sin tener noticias de Sofía. Se dispuso a comenzar las primeras pesquisas él solo pero antes sintió la necesidad de una cerveza bien fría y de comer algo. Apenas había dado unos pasos por el pasillo de salida de comisaría cuando su bolsillo empezó a vibrar. Miró la pantalla. Era Sofía.

-Yo creí que los bárbaros del norte no necesitabais dormir. ¿No

me habías dicho en cierta ocasión que dormir era una pérdida de tiempo?

-Yo tenía entendido que a vosotros los afroandaluces os gustaba apurar los amaneceres. ¿Qué cojones te pasa? ¿Ya me echas de menos? Te recuerdo que no vuelvo a mi universo profesional hasta mañana. Que engañados tenéis al resto del país, pero si os lleváis el jodido día trabajando. Dime, ¿qué es lo que te pica, Santiago? Pero sea lo que sea no cuentes conmigo por favor.

-Lo siento por ti, compañera, pero se ha complicado el martes. Si quieres te pongo al día mientras nos tomamos algo. Te espero en El Tabanco. Por cierto, no te vayas a venir en plan morenaza navarrica pidiendo guerra que te conozco que luego vamos a hacer una visita al obispado.

-¿Al Obispado? Pues anda que comenzamos bien. Si quieres me voy con mi pañuelo rojo con el San Fermín. ¿Vas a meterte a cartujo? Aunque, pensándolo bien, ya eres un cartujo. ¿Qué has hecho mal esta vez?

-Ahora te cuento, Sor Sofía.

Al salir de comisaría, Santi comprobó cómo el calor ya era de consideración. Antes de dirigirse para El Tabanco, decidió dar una vuelta por la Plaza Aladros, donde ocurrieron los hechos de la madrugada, así daría tiempo a su compañera y quizás pudiese recordar algo más. Pasó por delante de la Iglesia de Santo Domingo, junto al antiguo convento dominico. La animación que encontró allí le recordó que faltaba solo un día para la salida de la Hermandad del Rocío de Jerez, que tenía allí su sede. La puerta de esta Hermandad da a la Alameda Cristina, encaminó sus pasos hacia el antiguo Palacio del Marqués de Montana, que todos conocían como el Palacio Domecq, lo dejó a su izquierda y accedió al lugar donde justamente aquella madrugada habían encontrado a ese chico. Se situó a los pies del monumento a la Virgen del Rocío y contempló aquella plaza. No podía dejar de pensar en ese seminarista. ¿Qué hacía a esas horas por allí? El

seminario de la Diócesis estaba lejos. ¿Tendrían un horario de entradas y salidas? Quizás en el obispado podrían aclarar algo. Había que poner orden en todo aquello. Cogió el móvil, marcó...

-¿Instituto Anatómico Forense? Soy el inspector Santiago Álvarez, de la Comisaría de Jerez. ¿Podría decirme a qué hora tienen programada la autopsia de Luis Saborido, por favor?...Sí, del Hospital de Jerez, sí... ¿A las seis y media de la tarde...? Tenía entendido que se le había dado prioridad...De acuerdo, gracias.

Probablemente no tendría información hasta bien entrada la noche, pensó. Quizás debería llamar a Tito, podría adelantar los resultados. Sabía a qué se enfrentaba si marcaba el número de su amigo, prefería esperar.

En la Plaza Aladros, junto al monumento de la Virgen del Rocío, siguió recordando lo ocurrido. Cuando ellos llegaron, el seminarista estaba ya en el suelo. Sobre él, intentando atenderlo, dos compañeros de uniforme. Aún no había llegado la ambulancia. Los otros tres individuos permanecían mirando la escena con curiosidad pero calmados y observados por otros dos compañeros de la Policía Local. Varios curiosos que todavía a aquellas horas de la madrugada permanecían en el lugar y el vecino que en pijama y zapatillas había llamado a comisaría. Luis Saborido estaba tumbado de lado, en posición fetal. Estaba inconsciente y no presentaba ninguna herida ni lesión externa. En ese momento Santi, movido por un resorte interno, en el mismo lugar donde habían encontrado al joven seminarista, comenzó a dar una vuelta de trescientos sesenta grados a su alrededor. Nada fuera de lugar. Pero tenía que ir ya a reunirse con Sofía. El resto del día prometía ser muy largo.